

JORGE IGNACIO GARNICA

PÁJAROS NEGROS



PÁJAROS NEGROS

JORGE IGNACIO GARNICA

MELQUÍADES





PÁJAROS NEGROS

© 2022 Jorge Ignacio Garnica

Reservados todos los derechos

Calixta Editores S.A.S

Primera Edición Febrero 2021

Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S

E-mail: miau@calixtaeditores.com

Teléfono: (57) 317 646 8357

Web: www.calixtaeditores.com

ISBN: 978-628-7540-04-0

Editor General: María Fernanda Medrano Prado

Corrección de Estilo: Alvaro Vanegas

Corrección de planchas: Natalia Garzón

Maqueta e ilustración de cubierta: Julián Tusso @tuxonimo

Diseño y maquetación: Julián Tusso @tuxonimo

Primera edición: Colombia 2022

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.

Y dando principio a crear cosas en aquella luz, las primeras que creó fueron unas aves negras grandes, a las cuales mandó al punto que tuvieron ser, fuesen por todo el mundo echando aliento o aire por los picos

Mito de Chiminigagua

*A Helena,
mujer guerrera, como las que habitan este relato.*

*Vengo de una tierra helada
Tierra de páramo y bruma
De arcilla, de fruto y pluma
Tierra de todo y de nada
Sea la Gracia conjurada
Corretean por los aleros
Voces, rezos agoreros
Batires de alas oscuras
Rezuman las sepulturas
Sueños de pájaros negros*

Ata

Seis figuras corren a través de la montaña. Se deslizan, casi, sobre los angostos senderos que la maraña les abre. No se puede decir que sea casual que sean seis mujeres, pues es común que la gente se agrupe con su mismo género. Tampoco lo es que estén, todas seis, en estado de gravidez, pues es de este hecho, en realidad, de donde proviene su asociación, y han de haber estado abocadas en asuntos propios de su condición al momento de emprender la huida. Lo que sí resulta inusual, más que casual, casi insólito, es que sean seis mujeres también las que se gestan dentro de sus vientres. Aun cuando ellas, las madres, no lo sepan.

Se distingue sobre las demás, en fortaleza y atavío, una de ellas. En fortaleza, digamos, porque va a la vanguardia, porque es ella la que enfrenta en primer turno el obstáculo eventual que la montaña, en juego cruel, les pone al frente. Con el cayado como arma, combate para que sus hermanas no tengan que hacerlo. En atavío, ya que están sus brazos aprisionados por brazaletes de oro y su cuello ornamentado con joyas de esplendor. No imaginó nunca que tales aderezos serían motivo de ríos de sangre. De haberlo sabido, no los habría vestido, pues para ella no tienen más valor que las ropas que viste o el cayado que enarbola. Diferente, sí, para quienes derramaron la sangre de sus hermanos por conseguirlas, mismos quienes ahora les persiguen.

Se han alejado lo suficiente de los ladridos y los gritos, cuando la noche toma total posesión de la montaña. Avanzan ahora, algo más lento pero aún con premura, pues el cansancio y la sed les obligan a bajar el ritmo. También su instinto, en favor de la salvaguarda de los preciados seres que llevan dentro, les pide que alivien el rigor de la marcha. Adelante la distinguida, parece no estar conforme con la ventaja que han tomado de los perseguidores. Conmina a sus

hermanas a continuar, no con palabras, sino con su actitud apremiante, con el jadeo sudoroso que ahora la empapa. Sabe ella algo que las demás ignoran, algo que jamás fue presentimiento, sino que desde que tal idea tomó forma, pesó como certeza tajante, y es que no habrá montaña ni espesura, ni oscuridad ni distancia, que les pueda alejar del implacable enemigo. No importa cuánta ventaja lleven ahora o cuán ligeros sean sus pasos. Los hombres, tarde o temprano, las encontrarán.

Sabe ella otra cosa que sus hermanas –que en rigor no lo son, aunque sea esto irrelevante– apenas intuyen, y es el destino de su travesía. Lugar por demás lejano, a donde se dirigen no con el fin de esconderse sino de negociar. Le siguen las otras en virtud de su jerarquía, pues es princesa, primogénita del gobernante recién caído. Por su condición de mujer no posee derecho al trono, sí lo tendría la criatura en su vientre si fuera varón, pero tampoco es el caso. Es, pues, de sangre real, y se le debe respeto y obediencia. Más que eso, amor y lealtad es lo que sus hermanas le profesan, y es por esto sobre todo que le siguen.

La marcha se ha detenido. En el abrigo susurrante de la montaña, han hallado refugio. Se cuidan de no encender fuego, para no ser vistas a la distancia. En cómplice silencio, al calor de los cuerpos nada más, comen las viandas, en una suerte de comunión. Hablan en voz baja, se alertan con cualquier ruido de la montaña. No hay necesidad. Están seguras, al menos por esta noche.

Cayó el Cercado Fuerte al Final de la Llanura. Su regente yace muerto entre las piedras sagradas. Ella lo recuerda bien... el momento en que el hombre vestido de plata lo atacó por la espalda. Lo vio de lejos, ya huyendo, pero no puede borrar esa imagen de su cabeza. No podrá, aunque lo intente. La acompañará hasta el fin de sus días. Le resulta contradictorio también, que este viaje en el que ahora se encuentra, vaya en contra de los deseos de su padre. En vida, él mismo le prohibió buscar a quien ahora busca. Ella sabe que no hay otro modo, piensa en su hijo y en los hijos de sus hermanas, y se conforma con creer que su padre, desde el abismo de la otra vida, podrá entender las razones de su desobediencia.

Sopla el viento gélido, único arrullo que les ofrece la montaña. Las estrellas distantes ofrecen a la lideresa la ruta, tiene ella el conocimiento. Ha estudiado la astronomía y recae sobre sí la mirada de Chía, la diosa luna. Comienza a despuntar el día y el camino debe reanudarse. En silencio, en ágil desplazamiento, se marchan las seis.

A la persona a la que busca, jamás la ha visto. En realidad, siempre dudó un poco de su existencia. Un exiliado, un forajido que se rehúsa a la vida en común, que prefiere el abrigo de la soledad para sus magias ocultas. De él se dice que siendo moxa o niño-sacerdote, probó mujer para no ser sacrificado y huyó, y en su exilio heredó los poderes de Chiminigagua. Le cuesta trabajo creerlo, pero recuerda que tampoco creyó las profecías que anunciaban la llegada de los hombres vestidos de plata, y aun así llegaron. Tal vez sí exista. Tal vez su hogar esté por estos parajes. Tal vez logren encontrarlo. Tal vez puedan seguir con vida.

Debe ser real, de alguna forma, esta herencia mágica del ermitaño, pues no muy lejos de allí, ya aguarda por ellas. Se lo han dicho los astros. Sabe también cuál es la petición que la princesa y sus hermanas le harán, todo esto se le ha comunicado. Lo que no sabe aún es cuál será su respuesta. Trata de predecir cómo será ese momento y, aunque está ungido con poderes más allá de cualquier mortal, no logra verlo. No decide aún si conceder o negar aquello que todavía no se le pide. Casi lamenta saber más de la cuenta.

Ante las seis mujeres se alza imponente el pico de la montaña. Un lugar sagrado, uno de tantos, pues en su cultura son más bien abundantes. Casi han llegado. Quien guía propone adelantarse sola, no agobiar con la presencia de todas al ermitaño, pero sus hermanas se lo impiden. Irán con ella hasta la cima. En la escarpada casi vertical, reanudan su marcha. Es un consuelo para las otras que, de no encontrar al viajero, al menos han tenido éxito al escapar. La distinguida no lo cree así. Presiente la llegada de los hombres vestidos de plata y sus animales feroces, más temprano que tarde. Más aún, sabe de la presencia del heredero de Chiminigagua en los alrededores, se siente observada, sabe que su llegada ha sido advertida.

Es entonces cuando se ven rodeadas por el sonido de pasos sobre el follaje muerto y ven la figura del ermitaño abrirse paso entre la maraña, hacia su encuentro. Las observa sin sorpresa, es más una mirada compasiva, casi paternal. A ella corresponden los ojos incrédulos de las cinco mujeres protegidas tras la lideresa, quien desafiante sostiene la mirada. Asoma una incipiente rabia en sus ojos, presiente la negativa. Lejos, el latido azaroso de un perro desgarrar el silencio de la montaña.

—Sé a qué han venido.

La princesa advierte en el tono del hombre un atisbo de compasión. Hay alguna esperanza. Sus ojos devienen de la rabia a la súplica, pero no articula palabra alguna. Su real boca jamás ha tenido que suplicar por nada. Es claro que no sabe cómo hacerlo. Pero el moxa entiende, sabe la verdad que se esconde tras su silencio.

—Es un precio muy alto.

—¡Pagaremos lo que sea! —Por fin, sabe qué decir. La persuasión es una hábil destreza que desarrolló bajo el yugo de un padre obstinado.

—No es asunto de trueque, mujer. Eres egoísta. Negocias una deuda que tú no tendrás que pagar.

¿Quién la pagará entonces?, se preguntan las mujeres, pues son ellas las únicas en este sitio, las que extienden esta petición. *¿No pedirá acaso el cuerpo de alguna o de todas, como es costumbre en los hombres, que sean los placeres del cuerpo moneda de cambio y divisa universal? ¿Querrá un sacrificio acaso, o algún otro tipo de aberrante ceremonia como la que él mismo rechazó, hace tanto ya?* El hombre guarda silencio.

—¿Qué quiere? —pregunta la hermana mayor, impaciente.

—De esto yo no obtendré pago alguno. Comparto mis secretos con ustedes, si es ese su deseo. Pero una vez concedido este poder, no hay vuelta atrás, estará con ustedes para siempre. Vivirán a través de él y a través de él verán su obsesión. Y cuando ellas nazcan, lo llevarán también.

—¿Ellas?

—Las que están por nacer. Son todas hembras.

Entre la rabia y el miedo se debaten los rostros. Aun así, no hay nada qué decidir. Creen todas que vivir bajo la condena es mejor que no vivir. Antes de que verbalicen la aceptación, el ermitaño emprende el camino hacia la cima de la montaña. Las mujeres le siguen. El crepúsculo llameante precede una oscura noche.

El rastro es fresco, de no más de tres días. Han dejado los caballos más abajo, en donde la empinada montaña ya no les quiso recibir. Se conforman pues, con los perros. Las armaduras pesan. Cuestionan los hombres al capitán por el capricho de adentrarse en la cordillera de esta tortuosa forma a la caza de seis nimias rebeldes, pero él, en la soberbia de su fuero, no ve necesidad de responder. Harán lo que se les diga que hagan. Solo él sabe que, para completar el golpe, debe morir toda la familia real, aun cuando la hija no tuviere derecho a regir tras la muerte del padre. Con la muerte del símbolo sucumbirá el esclavo. No pelearán si no hay un cacique por quien hacerlo.

Los perros ladran inquietos. Saben que están cerca, pero hay algo extraño. El capitán lo percibe. No podría describirlo ya que no lo ha sentido antes. Un éter pesado, desapacible, se cierne sobre la escuadra. Los hombres sienten la carga sobre sus hombros, que les oprime el pecho y les arrebató el aire. Cosas del clima, murmuran. Espasmos de esta región salvaje, lejana a la Gracia de Dios. Frente a ellos, una barrera de delgados árboles da entrada a un claro flanqueado por enormes piedras de envergadura suficiente para hundir un galeón. Los perros se detienen antes del claro y el latido feroz deviene en un chillido cobarde y sumiso. Tras castigar a fuetazos la cobardía de los animales, misma que ahora se arremolina en la garganta de los hombres, el capitán suelta un bufido exasperado, desenvaina la espada y cruza la frontera invisible que da al claro.

—Vamos, ¿qué es lo que pasa!?

Los hombres siguen al comandante, pero entre su lealtad y la de las mujeres que cruzaron este claro tres días atrás, hay vasta diferencia.

Tanto como es posible distinguir a aquel que es leal por miedo, de aquel que es leal por amor y valentía. Habría sido mucho más prudente hacer caso a su instinto que los persuadía de temer, ya que, sobre la cresta de la piedra más alta, se yergue esbelta y abominable, negra y enorme, un ave con sus alas abiertas en siniestro saludo. El miedo hace tintinear el metal de las armaduras. En fútil réplica, el comandante trata de alinear a sus hombres.

—¡Es solo un ave!

Más valía no haber roto el silencio. Más valía haber retrocedido ante el indicio instintivo que les alertó pasos atrás. Otras alas se abren, amenazantes y majestuosas, alrededor de los hombres. Son seis en total, ya emplazadas en tétrica emboscada como jamás se ha visto que actúe un ave. La mayor, desde su trono de piedra, eleva su pico al cielo y de su negro cuello, brota el llamado. Un graznido terrible, espasmódico y cadente, símil de carcajada humana que, aunque leve, reclamó el silencio de toda la montaña.

Los rostros agarrotados en la angustia de un grito mudo son la única respuesta. Los hombres no huyen pues no pueden hacerlo, sus cuerpos ya no les pertenecen. Ni sus voces, que les han sido arrebatadas por el pavor. Sometidos bajo una inexplicable parálisis, se limitan entonces a sentir su ajuar humedecido desde adentro, y a observar, hasta donde les es posible, el cíclico y parsimonioso sobrevuelo de las aves negras antes de posar su abrumador peso sobre sus hombros, y con destreza rapaz, arrancar de cuajo los ojos de la cuenca viva.

I

Don Juan Martín Arcipreste de La Conejera, heredero del noble João Victorio Arcipreste de quien se dijo alguna vez era descendiente directo del magnánimo rey don Juan V de Portugal y a quien presentó sus respetos en la mismísima catedral del convento de Maфра. Hidalgo, cree él, aunque la hidalguía en estas tierras del nuevo mundo, lejanas a la mano de Dios, ha dejado de ser un valor nobiliario, en tanto la ignominia de sus paupérrimos pobladores no les permite dilucidar tal grandeza. Cabalga sobre su corcel Bartolomeo, llamado así en honor a un jesuita trastornado que quiso sobrevolar Europa en globo antes de que se inventaran los globos y murió en su huida del Santo Oficio. Ahora Bartolomeo, no el monje sino el caballo, atraviesa el sendero que lleva al patio de La Lindaraja, la hacienda, donde don Juan Martín Arcipreste de La Conejera ha de apearse y poner las manos sobre la cintura a la vez que observa con gesto soberbio lo que cree él es su obra, pero sobre la cual no puso ni el más ínfimo de los ladrillos. Es, pues, lo único que resta de su herencia, grueso de la cual perdió jugando con otros hacendados que solían ser amos de lejanas tierras hasta antes de la partida, y luego ya lo fueron de tierras más que cercanas, pues solían ser las suyas. Pero don Juan Martín ya no piensa en esto, La Lindaraja es vasta y posee suficiente riqueza para que veinte generaciones de su noble linaje vivan a sus anchas. Esto solo si mantiene su voto secreto de no volver a apostar, destreza que le es ajena al igual que cabalgar, aunque de esto último cree más bien lo contrario y por eso los jornaleros dicen, en voz baja y con toda la precaución que la maledicencia exige, que al amo le gusta montar más al caballo que a su mujer.

En respuesta a su llegada envía Concepción, el ama de llaves, a la joven Marianela con una bandeja escandinava de refulgente plata, sobre la cual reposa una bebida para el jinete, quien la recibe sin

mirar siquiera a la emisaria, como si el vaso de cristal hubiera levitado desde la cocina y a través del patio hasta su inmaculada mano. Es selectiva esta forma de desconocer la presencia de la muchacha, pues cuando sufre el patrón de calenturas del bajo vientre y encuentra a la mozueta sumida en las labores domésticas, es cuando la ve completa, y más que eso, la arrastra con intempestiva violencia a cualquier recoveco de la casaquinta y allí sí cuida de recorrer, no solo con sus ojos, el lozano y voluptuoso cuerpo de la joven que se retuerce a medio vestir mientras trata con todas sus fuerzas de suprimir los gestos de profundo asco, esto con el fin de no pasar por otro trago amargo después de este: el azote.

Lo sabe Concepción y la vida se le va en plegarias para que la pequeña Marianela no conciba, pues sabe de qué es capaz el patrón con tal de proteger su ya muy deteriorado prestigio. Pero la fecundación no se dará, pues la naturaleza ha restado otra facultad a este hombre, aparte de las ya mencionadas, el juego y el cabalgar, y es la de engendrar. Circunstancia que ha sido motivo para que doña María Vicenta, señora de La Lindaraja, sea la que haya recibido los copiosos aporreos de su marido cada que se le antoja tener un hijo, aun cuando en el fondo sabe él que el impedimento es suyo y no de ella.

Y lo sabe ella también, que es su marido el de la semilla inane. Asimismo sabe que en virtud de ello es que acecha a la pobre Marianela y algunas otras hijas de los jornaleros, quienes no tienen otra alternativa que hacerse los que no han visto lo que vieron o escuchado lo que escucharon. No obstante, más que asumirlo como una traición, doña María Vicenta lo considera vergonzoso, el rebajarse al contacto íntimo con la gleba por satisfacer al cuerpo. Así como ve ridículas sus pretensiones de hidalgo en una nación que va a cumplir un siglo de haber desterrado a la corona española, y como también ve risibles las acepciones de heráldica que le puso a su apellido, pues bien sabe ella que eso de La Conejera es una mera ficción y que lo único extranjero en su señor es el apellido Arcipreste, ya bastante enriquecido por hartas generaciones ocupadas más en las delicias del mestizaje que en el resguardo de su abolengo.

Extiende el brazo con el vaso de cristal ya vacío en la mano. En un segundo lo soltará y si se rompe, alguien será azotado. Marianela, desde el corredor, se anticipa a la desgracia, camina diligente y alcanza a poner la bandeja escandinava bajo el vaso antes de que a don Juan Martín se le aflojen los dedos. El hombre gira, de nuevo monta en su caballo y se aleja de la hacienda hacia los sembrados. Una vez allí, intercambiará algunas palabras con los capataces y regresará para la hora del almuerzo. Cabalga torpemente por entre los huertos y pastizales, ansioso de recibir de los jornaleros el saludo sumiso que, por supuesto, no corresponderá. Solo Bartolomeo es merecedor de sus muestras de afecto y resulta curioso que la bestia tampoco las corresponda, pues queda así comprobado que plebeyos y nobles, virtuosos y torpes, ninguno escapa del dulce suplicio de un amor no correspondido.

Se posa el sol sobre el cénit, siente don Juan Martín que ya es hora de almorzar, y con suavidad espolea a Bartolomeo quien de inmediato comienza a desandar el camino. De nuevo entra por el patio, pero esta vez no muestra siquiera intenciones de detenerse, aun cuando el paso de la bestia es más bien lento, y sin pudor alguno irrumpe en el comedor con todo y caballo. Allí está ya doña María Vicenta, sentada a la diestra de la cabecera reservada para él, don Juan Martín, y los otros catorce puestos montados para que nadie los ocupe. De pie tras el comedor, sostiene Concepción la sopera caliente. Sin inmutarse por el atrevimiento de su marido, indelicadezas a las cuales está habituada y de esta en particular ya se hallaba casi que a la espera, decide sin embargo reprochar.

—Ya que invitaste al caballo a almorzar, ten la delicadeza al menos de enseñarle a sentarse.

Con ademán parsimonioso, alude don Juan Martín a su costado, el opuesto a la silla de su esposa y, sin algún espasmo o amague que lo delate, saca de la nada el fuerte de azotar al caballo y en el mismo certero movimiento de revés golpea de lleno la cara de doña María Vicenta. La conmoción hace que Concepción suelte la sopera y antes de que se disculpe, la voz del amo resuena en el comedor.